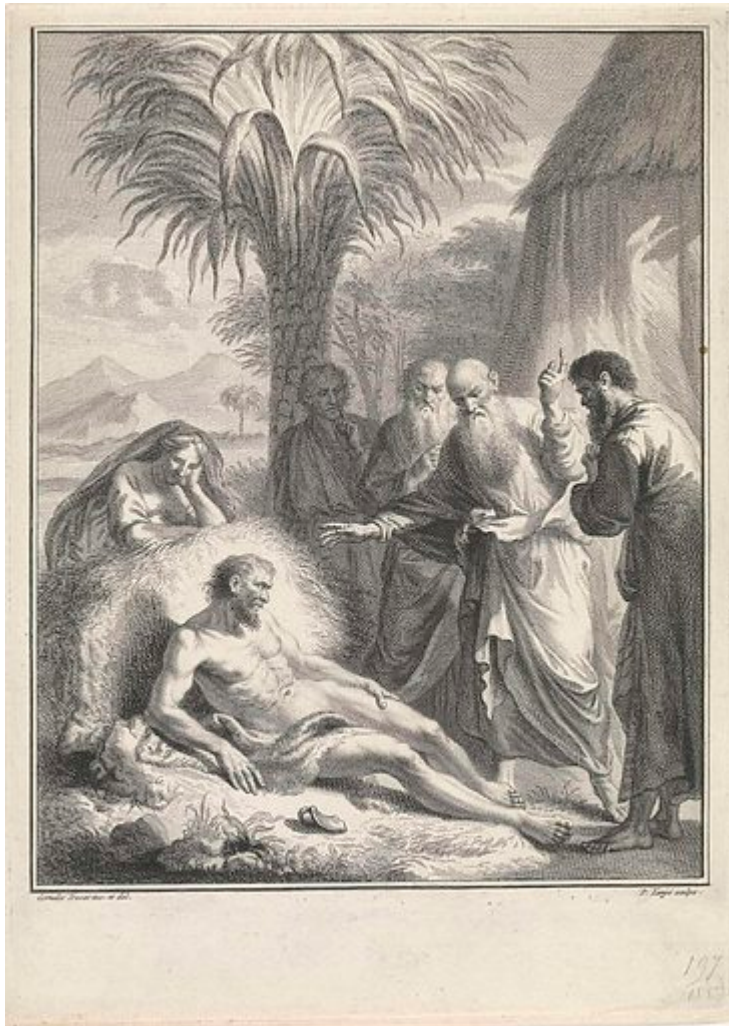


Job, ¿el paciente?



Job, el protagonista del libro homónimo, es presentado como el modelo por excelencia de la resistencia paciente. Tener «la paciencia de Job» es una expresión popular que usamos cuando pensamos en alguien capaz de seguir alabando a Dios incluso en medio de los sufrimientos más terribles. La frase «El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó: ¡bendito sea el nombre del Señor!» (Job 1, 21) es muy conocida. Pero quizá lo que la mayoría de la gente sabe de la historia de Job se deba a que solo conoce el prólogo y el epílogo, es decir, los capítulos 1 y 2, y desde el versículo 7 del capítulo 42 hasta el final del libro. Estas secciones están escritas en prosa, a diferencia del cuerpo del relato, que está escrito en poesía. Aunque la historia puede ser bien conocida, el mensaje o la teología no lo son. En lugar de ser un texto de Sabiduría, se convierte en una historia sencilla que puede hacernos sentir culpables por no estar a

la altura de la paciencia de Job en medio de la adversidad. ¿Pero Job fue realmente paciente o tuvo que abrirse camino hacia una conversión auténtica a través del lamento? ¿Le permitió el lamento, finalmente, superar el dolor y alcanzar la sabiduría?

Gustavo Gutiérrez describe el Libro de Job como «uno de los libros más apasionados y hermosos de la Biblia».¹ Richard Rohr sugiere que el libro de Job debería incluirse entre los profetas en lugar de en la literatura sapiencial.² Sin embargo, el libro está escrito para abordar uno de los problemas humanos más fundamentales: el sufrimiento de los inocentes. ¿Proviene tal sufrimiento de Dios como castigo, como justicia retributiva? Sin duda, esta es una cuestión fundamental en la situación mundial actual, en la que vemos tanta muerte y destrucción, sobre todo en Oriente Medio. Es increíble cómo una obra literaria escrita hace más de 2500 años sigue siendo relevante para las cuestiones que nos planteamos hoy en día.³

La historia de Job es una historia ficticia sobre un hombre inmensamente rico; nuestros oligarcas modernos no les llegan ni a los talones. En el prólogo se enumeran sus recursos (7.000 ovejas, 3.000 camellos, 500 yuntas de bueyes y 500 asnas), sin contar sus siete hijos, sus tres hijas y una familia muy numerosa. Además, es un hombre temeroso de Dios, lo que, según la interpretación bíblica, significa que es un hombre sabio.⁴

Un día, en el cielo, se produce un diálogo entre Dios y un miembro de la corte celestial, el adversario o Satanás.⁵ El objetivo de las pruebas que se avecinan es averiguar si la rectitud de Job se debe únicamente a las bendiciones que ha recibido en su vida. Como resultado, hay dos pruebas en las que Job pierde todas sus posesiones, a sus hijos e incluso su salud. Además, su mujer lo critica y señala la causa de su desgracia: debe de haber pecado, porque una desgracia así solo puede ser consecuencia de su comportamiento. Ella le recrimina: «¿Sigues insistiendo en que eres inocente? Maldice a Dios y muere de una vez» (2, 9). A pesar de todo este sufrimiento, Job sigue sin haber pecado y se mantiene fiel: «Si aceptamos de Dios lo bueno, ¿no aceptaremos también lo malo?» (2, 10).

Tres amigos, Elifaz, Bildad y Zofar, van a consolar a Job, pero en lugar de eso le hacen sufrir aún más, porque intentan que reconozca y confiese sus pecados para que así termine su sufrimiento. Representan la teología deuteronomica, según la cual el

pecado o la desobediencia a Dios son la causa de la enfermedad y las desgracias. Por eso, solo una confesión sincera acabará con el sufrimiento. Pero Job sigue proclamando su inocencia, lo cual es uno de los objetivos del relato: el sufrimiento de los inocentes. Hay una serie de nueve discursos de los amigos, a los que Job responde en ocho ocasiones, en las que no deja de proclamar su inocencia. Es en las respuestas de Job donde encontramos un lamento cada vez más intenso. Cada respuesta es un lamento, una queja de que Dios es quien está equivocado: «sepan que es Dios el que me agravia» (19, 6). La fidelidad a Dios no sirve de nada, «¿Qué es el Todopoderoso para que lo sirvamos y qué ganamos con suplicarle?» (21, 15)? Así que Job decide que debe enfrentarse a Dios: «Mi deseo es discutir con Dios» (13, 3). Poco sabe él que se le concederá su deseo.

En su sufrimiento, Job atraviesa varias etapas del duelo, que lo llevan a la desesperación. Primero, siente que pierde el control, «Dios aflojó mi cuerda y me humilló» (30, 11), y luego a sentimientos de abandono, «Clamo a ti, y no me respondes» (30, 20), y luego a la depresión «Ando ensombrecido» (30, 29), y finalmente al dolor, «Mi cítara sólo sirve para el duelo y mi flauta para acompañar a los que lloran» (30, 31). Desesperado, lanza un desafío, «¡Que el Todopoderoso me responda!» (31, 35).

En este punto, entra en la historia un nuevo personaje. Elihú, que de hecho funciona como profeta, será el abogado defensor de Dios. Elihú está indignado por lo insustanciales que son los argumentos teológicos de los tres amigos y frustrado por la actitud de superioridad moral de Job. Elihú debe defender a Dios: «Dios es más grande que el hombre» (33, 12).

Al final, Dios interviene en la conversación y acepta el desafío de Job a un duelo. Este es el momento de la verdadera conversión de Job, pero sucede por etapas y hay algo de humor en la descripción que hace el autor del combate. Dios le dice a Job: «¡Ajústate el cinturón como un guerrero» (38, 3). Imagina a un luchador de sumo con la cintura ceñida entrando en el ring. El pobre Job no tiene ninguna oportunidad. Ahora Dios tiene la oportunidad de hablar y, con una serie de preguntas sobre el «dónde», el «quién», el «cuándo» y el «qué» del universo, la naturaleza y los animales, empieza a desmontar la arrogancia de Job. «Indícalo, si es que sabes todo esto» (38, 4. 18) parece menospreciar los argumentos de Job durante sus largas diatribas de lamento. Job decide que su única opción es controlar lo que dice, «Me taparé la boca con la mano. Hablé una vez, y no lo voy a repetir; hay una segunda vez,

y ya no insistiré» (40, 4b-5). Me imagino a un niño o a cualquiera tapándose la boca y diciendo: «¡Uy!». Esto no es un verdadero reconocimiento de haber estado equivocado, sino más bien un intento de salir de un aprieto.

Como esto no es una conversión auténtica, sino simplemente ceder ante un rival más fuerte, hay que repetir la ronda. Por eso, como era de esperar, volvemos a oír que le dicen a Job que «se ajuste el cinturón». Comienza la segunda ronda y, esta vez, el interrogatorio es sobre dos criaturas míticas, Behemot y Leviatán, algo de lo que Job no tendría conocimiento; está totalmente fuera de su ámbito de conocimiento. Al final, Job se da cuenta de la realidad: su arrogancia se ha desvanecido y ha dado paso a la verdadera humildad. Job finalmente se convierte y se arrepiente de corazón. «Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto, y me arrepiento en el polvo y la ceniza» (42, 5-6). Ahora Job tiene una visión clara, no solo con los ojos, sino también con la mente. Como escribió John Newton,⁶ al antiguo traficante de esclavos que se convirtió en pastor y abolicionista, en su famoso himno «Amazing Grace»: «Estaba perdido, pero ahora me han encontrado; estaba ciego, pero ahora veo». Así pues, «ver» se refiere a nuestros numerosos momentos de conversión y transformación.

Entonces, ¿el lamento tiene un propósito constructivo? Con demasiada frecuencia lo vemos como una simple queja, como echarle la culpa a otros, como una excusa para ser negativo o como el síndrome de «pobre de mí». Pero, como hemos visto en la historia de Job, la Biblia sí reconoce la validez de la necesidad humana de lamentarse. Por ejemplo, en el Libro de los Salmos, el 43 % (65 de los 150) se clasifica como lamento, y algunos pueden resultar impactantes para nuestra sensibilidad.⁷ El lamento no es necesariamente un fin en sí mismo, pero puede ser un medio para alcanzar un fin: la honestidad consigo mismo para poder, por fin, «ver». Esto es lo que le pasó a Job, así que ojalá nos pase lo mismo a nosotros.

Notas:

1. Gustavo Gutiérrez, *On Job: God-Talk and the Suffering of the Innocent [Sobre Job: el discurso sobre Dios y el sufrimiento de los inocentes]* (Maryknoll,

Nueva York: Orbis, 1985), xvii.

2. Richard Rohr, *The Tears of Things [Las lágrimas de las cosas]* (Nueva York: Convergent, 2025), 92. Asimismo *Job and the Mystery of Suffering: Spiritual Reflections [Job y el misterio del sufrimiento: reflexiones espirituales]* (Nueva York: Crossroad, 2004).
3. La datación del Libro de Job es una cuestión abierta, aunque la opinión mayoritaria es que es posexílica, de finales del siglo V a. C. El libro se encuentra en ambos cánones, el hebreo y el griego.
4. “El temor del Señor es el comienzo de la sabiduría” Proverbios 1,7.
5. Satanás no se refiere al demonio. Es un miembro de la corte celestial y es el que pone a prueba o adversario de los seres humanos. Incluso si Satanás va en mayúscula, la presencia del artículo «el» indica que no es un nombre.
6. Newton fue un traficante de esclavos que experimentó una tormenta violenta en 1748, un hecho que inició su conversión espiritual y lo llevó a abandonar el comercio de esclavos hasta 1754 o 1755. Fue ordenado en la Iglesia de Inglaterra en 1764 y compuso *Amazing Grace* en 1773.
7. Sal. 137, 9 es especialmente duro, lo que sorprende a muchos: «Bienaventurado el que agarre a tus hijos y los estelle contra la roca». El pueblo acaba de ver destruido su templo y ha sido llevado de Israel a Babilonia, al cautiverio. Por lo tanto, el salmo está expresando las emociones crudas del Exilio.



imagen: «Job en el muladar», de Pieter Tanjé.